

MARÍA ELENA VIGLIANI DE LA ROSA¹

El dique

Señor, voy a contarte cómo me acerco
Al dique seco, sin avíos.
Fui tirando al mar cada copón de fina uva
y me quedé, de tanto pan,
con ese trozo cotidiano y compartido.
Aun va sobrando, y si algo guardo,
es lo que pesa y el cuerpo endeble
ya no puede arrojar, pues no distingue
si es lacra o bendición.
De lo que me alejaba de tu territorio
no sé nada. En el fondo del mar que otros dispongan.
En este dique seco he de quedarme.
Como el cuerpo, la voz tiene la
fuerza suficiente para decir lo mucho que acallaba.
Entre los desperdicios, quedaron las
palabras oscuras, lacerantes, esas que
decapitan el amor.
Quiero partir con las semillas de tu

¹ Catedrática de Lengua y Literatura en las Facultades de Derecho y de Comunicación de la Universidad Austral, ensayista, crítica literaria, escritora y poeta. Ha sido profesora invitada en universidades nacionales y de Brasil, Italia y Estados Unidos entre otras. Adicionalmente a sus numerosos trabajos de lingüística, poesía, cuento y crítica literaria, así como ensayos sobre educación, publicados en antologías y revistas literarias y culturales nacionales y extranjeras, participa en numerosos eventos de promoción socioeducativa y cultural.

voz diseminadas,
cuando el copón de uvas sea
estela luminosa, en que vaya
dejándome, dormida
en las alas de tus
mejores ángeles
ya sin lastres por fin.

Casi fue un sueño

El sueño es un tornado
y voy cayendo,
dando en el aire vueltas,
inagotables vueltas
Y caigo como puedo,
del lado que
otros quieren.
Intento acomodarme
con mis bordes partidos
y el centro agujereado
donde muere el orgullo.
A veces, pocas veces,
la soberbia dormida
salta e hinca los dientes;
y muchas, casi siempre,
inerte y vacilante,
vuelve a ovillarse muda,
hundida y humillada
por el perdón y la piedad
que no dan tregua

Montadas en la grupa

Días contados

Ya no puedo decir sino
lo que no puedo.
Alguien pondrá las comas
y las tildes
y el ritmo
que le plazca,
porque debo vociferarlo
de corrido,
así:
a tientas;
y tocando en los
muros
de rocas postergadas,
en lo oscuro
y callado, porque
se escapa
el mediodía
y sabes lo que viene:

Ponerse de rodillas.

volver la vista
y
pedir perdones,

todos los perdones;

y hacerse
blando como el pan
casi horneado.

Y recordar
tan sólo,
lo más risible
y bello
porque
¿sabes?

Que ya no queda tiempo

Y

hay que dejar

una palabra

una semilla,

un ser,

un algo

que sea testigo

de que Dios

un día,

por ti, por mí

ha pasado.

Que nos atravesó

para acallar

al fin,

el desconcierto